

# Recordando a Fernando Alegria

**V**imos por primera vez a Fernando Alegria en casa del poeta y ensayista Aldo Torres Pizá, vecindario del escritor Adolfo Castillo Venegas. Alegria estaba recién llegado de California y le acogió su esposa, una silenciosa dama salvadoreña. Aquella noche también compartieron la cena de Aldo Torres, su mujer Teba Beonstein, cuya timidez era evidente; y John M. Fein, norteamericano, profesor asociado de lenguas románicas de la Universidad de Duke, hombre discreto de apariencia tímida, dispuesto a estudiar nuestra literatura a la vez que científica, o sea, por pequeñas zonas, bien explotadas. Pero no nos equivocamos con los extranjeros que pasan un breve tiempo entre nosotros. De vuelta en Nueva York, John M. Fein, declaró:

"La desilación habida en la venta de libros en Chile, indica que la infusión puede ser tan desastrosa para el mundo literario como para el mercado (de viveres). Cuando el precio de una novela se triplica, como ocurrió recientemente en Santiago, y el asilariado prosiguió tiene dificultades para equilibrar su presupuesto, no es sorprendente que la literatura sea considerada un lujo marginal y que la industria del libro siente los agudos efectos de la economía cañera. En vista de esta situación, no se publican tantos libros como antes y los autores deben esperar por los mejores días años, debido a la acumulación de obras. El efecto neto ha sido una notable disminución de la creación novelística. La novela en Chile se encuentra en estado de congelación".

John M. Fein no sabía probablemente que Fernando Alegria ya había entregado los originales de su "Cabezo de copas" a una editorial y que este libro, por sus críticas enérgicas y rápida venta, iba a eclipsar toda la obra de este fecundo y laborioso autor. Nosotros vinojimos al frente a un hombre moreno, cauto, que hablaba en voz baja, que nos decía cosas agradables y callaba, para una imaginaria conservación que no hemos tenido nunca.

El escritor nacional que viene del extranjero, es atendido por sus colegas nativos. Cada escritor iberoamericano distanciado de los grandes centros del mundo, de las espaldas de la humanidad actual, por la inmortalidad de una selva o de un océano; por una mole lírica hasta hace poco tiempo inaccesible, como es el caso de nosotros los chilenos, siente al visitante como eficiente corvo, como el destinatario de un misterioso mensaje, oculto dentro de quiebra-dera botella. Fernando Alegria era entonces visitado por diarios y revistas, y los comentaristas más fríos y distantes del panegírico, los poetas pernos más oscuros en su coparón, prodigaban sustentadoselogios al viajero y divulgadocriticismo literario, nacido en 1918.

A nosotros nos impulsaba hacia Fernando Alegria, más bien un sentimiento de gratitud. Sin conocernos, nunca nos había olvidado en sus recuerdos de la prensa americana



ni, y en cierta oportunidad, hace ya tanto tiempo que si siquiera podemos acordarnos, al ser condonado uno de nuestros libros de cuentos, salió con su firma, en su suplemento dominical, a estampar afirmaciones y distingos, propios más de un polémico que de un maestro. Hombre fino, esa risa, rictus de trágojos orientados por la prosa y la poesía chilena, también con su biografía novelística de Luis Emilio Recabarren y del logro Lautaro; de algunos poemas y de cuantos de excentrica factura, no habla legóndio Alegria perlíster, querido asociado adjunto a un libro. Eso tan sólo viene a sugerirle con la publicación de su "Cabezo de copas", aventuras de unos chicos indomables en San Francisco.

Nosotros visitamos, hace muchos años, el escenario de mi novela o, al menos, la periferia del picantesco relato. Begamos en ómnibus desde el este de Estados Unidos, después de haber recorrido más o menos cuatro mil millas. Nos recibió un San Francisco frío y solo. Era día domingo. Nos refugiamos en un café del extremo sur de la ciudad; vimos unas banderas prodigiosas y unos hombres y mujeres, al parecer, demudados, que habían echado a sus vares sotanas doña de anicar, mientras en la pantalla del televisor, se proyectaba una película de vaquero, ilustrada con música romántica.

San Francisco de California es una ciudad jalona de nombres capoletos, pero de contorno-inglés victoriano. Basta mirar esas viejecitas que salen a los trámites, desde los barrios residenciales, con sus escaleras de fatales peldaños y sus sombreros floridos.

"Hace algún tiempo escribió Alegria, en la página 12 de su "Cabezo de copas", cuando esta historia debió comesar, trabajaba "yo" en calidad de lavador de platos en un restaurante de San Francisco. No se me preguntó cómo había llegado a mis pre-

pares seguramente que lograron su finalidad. El chileno del barrio de Los Palos, de Santiago de Chile, que es Fernando Alegria, el chiquillo criado en la vecindad del viejo hipódromo de la capital, da curso a la fabula prodigiosa y maravilla el agudo contraste entre dos series de opuestas orígenes, el hispano y el sajón, en su loca por adoptarse; uno frío y otro emocional y apasionado; uno ostentoso de su intimidad, el otro prodigo en sus expansiones, atriñándose y reprochándose por sus cualidades y defectos.

De nuevo volvemos a encontrarnos con Fernando Alegria, en la casa que Juan Martín tenía en Santiago. El jefe del Departamento de Asuntos Culturales de la OEA, había llegado a Chile en uso de sus vacaciones y nos invitó a los dos a la misma hora, las cinco de la tarde, a su casa. Milena, la esposa y constante compañera de Juan Martín, nos hizo sentar a ambos que estabamos más gordos, y Fernando Alegria, despojado de su chaqueta, afrontaba encuanto andaba casi sin refugio a la vez que exhibía una deportiva curvatura norteamericana. Su señora, nos dio algunas explicaciones acerca de su adhesión, agregando el efecto nocivo que ya le producían los continuos festines nacionales.

El chileno de California acababa de publicar en México su copioso ensayo sobre los novelistas de Hispanoamérica. Como Juan Martín le insistiera en que revisara el índice, dio algunos explicaciones relativas a la limitación de su empresa cultural de ese carácter y a que siendo él mismo un escritor chileno, no podía asumir ni explicarse, en exceso con los novelistas de su patria. Juan Martín sonríe, un poco más allá de todo este asunto, y cuando nos ibamos, nos pidió que anotáramos un recado en una carta que ya tenía escrita para el brasileiro Armando Correa Pacheco, funcionario en las taras culturales de la OEA. Salimos con Alegria a la calle, donde acerca. Ya vista de la azul moto condiciona esa brisa algo fría que mejoró todo en Santiago. A Fernando y a mí nos unía, en ese instante, un entusiasmo en nuestras citas culturales.

Esa cotilla se interrumpe con una pequeña noticia que nos da el poeta y gran amigo nuestro, David Vajpaj, residente en esos años, en Estados Unidos. Fernando Alegria se encuentra hoy gravemente enfermo en California, la tierra que eligió para cerrar su vida. No estamos seguros de que se impone de estos fraternales recordados, vendidos en estos días, a tantos años de distancia, hasta nuestra anciana memoria. ●

LUIS MERINO REYES

**AUTORÍA**

Merino Reyes, Luis, 1912-

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

2002

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Recordando a Fernando Alegría [artículo] Luis Merino Reyes.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)